

néndez Pelayo ¹: «*Gloria* ha sido traducida al alemán y al inglés, y no dudo que antes de mucho han de tomarla por su cuenta las Sociedades bíblicas y repartirla en hojitas por los pueblos juntamente con el *Andrés Dunn* (novela del género de *Gloria*), la *Anatomía de la Misa* y la *Salvación del pecador*.»

Mudados los nombres y algunas circunstancias, *La familia de León Roch* ² es hermana gemela de *Gloria*, salvo que el conflicto se supone entre dos esposos: él virtuoso, simpático, y al fin librepensador (porque aquí son sinónimas estas palabras), ella católica ferviente con ribetes de pseudo misticismo y enemiga de novedades en materia de religión. A haber hecho una historia fiel y que retratase de algún modo las creencias cuyo proceso forma, debería Galdós poner en el corazón de María Egipciaca el amor puro hacia su esposo, eterno y superior á todas las vicisitudes, que es en el Cristianismo precepto esencial, consecuencia y salvaguardia del matrimonio; pero entonces, ¿en dónde hallar esas altas filosofías y esos pujos de reforma social? Así, pues, mutila y desfigura torpemente la imagen de la verdadera esposa cristiana, la eleva á las regiones de una vida mística, falsa y contrahecha; hace surgir de aquí la enemistad entre León Roch y María, echando sobre la última todo lo odioso, y dejando para el primero la resignación y el desinterés, introduce una nueva amante que le asedia con su cariño hasta obligarle á infringir sus deberes; pero el adulterio no se consume, y el héroe se concilia con su consorte, cuyo rápido fallecimiento viene á rematar tan larga cadena de desventuras. Yo no sé si esto es una apología del divorcio en circunstancias apuradas, ó una reprobación de la vida ascética; pero de fijo es un libro de propaganda impía en que el arte entra por mucho menos que la *tendencia*.

¹ *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo III, pág. 812.

² Madrid, 1878.

Y basta de engendros amañadamente trascendentales, porque el Catolicismo y la moral no necesitan de mis defensas, ni es éste lugar para semejante género de discusiones, que me impide prolongar la índole pacífica de *Marianela* ¹. Así intitula Galdós un estudio de íntimo y delicado análisis, que recuerda los de algunos grandes maestros, pero sin incurrir en el plagio, ni siquiera en la imitación; estudio que exornan los arabescos y filigranas literarias, y los tesoros del sentimiento, de la poesía y del estilo.

Marianela es una criatura nacida en la miseria, y en la que los tesoros del espíritu, la discreción, la agudeza, los instintos elevados y las aspiraciones generosas tienen por cárcel un cuerpo ruin y despreciable; y como comprende, así el valor de entrambas cualidades, como el desnivel con que se encuentran en su persona, se indigna consigo misma y considera á todo el mundo con derecho á hacer otro tanto. Tierna y apasionada hasta el delirio, llega á amar como ella sabe al señorito Pablo Penáguilas, ciego, de quien se constituye en inseparable compañera y fiel ayuda, obteniendo igual correspondencia y amor. Ansía Pablo recobrar la vista por admirar á la que él conceptúa la más hermosa de las mujeres, vislumbrando por la del alma la hermosura del cuerpo; la diestra mano del médico comienza la obra, que llega á término dichoso; pero ¡oh dolor! cuando parecía irse á realizar el idilio, se convierte en lúgubre drama. La protección tierna y cariñosa con que la protegida de Pablo favorece á la pobre huérfana es como ruin limosna en compensación de un gran tesoro perdido, y el amor de la virtuosa Florentina á su primo traspassa como un dardo el corazón de Marianela, que sucumbe por fin al peso de la desdicha y la vergüenza, asesinada por los ojos de Pablo. Todo esto, descrito con pasión y viveza casi líricas, lleva al

¹ Madrid, 1878.

alma algo así como rumor lejano de sinfonía extraña y melancólica, sensaciones y reflejos de la vida del espíritu, ondas de luz descompuestas en mil diferentes colores, que juntos vienen á confundirse en uno solo siniestro y espectral.

El espíritu de *Marianela* es pesimista, cuando menos en el desenlace; porque si el pesimismo no consiste en descubrir las antinomias y contradicciones de la existencia cuando son reales y positivas, las sombras del cuadro están recargadas desmedidamente y de propósito, quedando en la narración un vacío profundo, de esos que sólo se llenan con la esperanza tranquila, madre de la resignación, y por faltar esta luz vivísima resultan tan lóbregos y desconsoladores el amor y la muerte de Marianela.

Del desaliento malsano pasó Galdós al naturalismo á la francesa en *La desheredada*¹, cuya filiación por esta parte no cabe poner en duda. Isidora, víctima de sus aspiraciones y de las injusticias humanas, luchando por reconquistar un título de nobleza cuya posesión cree pertenecerla, y perdiendo con ésta todas las ilusiones forjadas en su fantasía, pobre criatura envenenada por las heces de la disolución y la desgracia, pertenece á ese infierno social explorado por Zola y sus imitadores, bien que no les siga Pérez Galdós en los refinamientos y crudezas del estilo.

*El amigo Manso*² es producción más espontánea, en cuyo protagonista quizás se propuso el autor trazar los planos de una reconstitución de la Ética conforme al espíritu de las teorías modernas, sustituyendo la virtud cristiana por la virtud filosófica. Máximo Manso se consagra á la educación de un joven que llega á adquirir renombre brillante, y el amor de la mujer misma hacia la que siente su maestro una incli-

¹ Madrid, 1881.

² Madrid, 1882.

nación poderosa é irresistible, sacrificada en obsequio de la felicidad ajena. Será sólo conjetura mía, pero aquí hay vislumbres de moral laica é independiente; el héroe de Galdós obedece menos al catecismo que al imperativo categórico, y aun por eso resulta, no del todo inverosímil, pero sí de hielo ó estuco, sin esa eficacia persuasiva, incompatible con el egoísmo de la virtud que vive de fórmulas rígidas y deberes abstractos.

En las tres obras siguientes de Galdós, *El doctor Centeno* (1883), *Tormento* (1884) y *La de Bringas* (1884), resalta más el entronque de los personajes y aun su repetida aparición en escena, que hacen de las *Novelas españolas contemporáneas* algo así como *La comedia humana* de Balzac y *Los Rougon-Macquart* de Zola. *El doctor Centeno* es un dechado de análisis psicológico, que á veces se extrema hasta causar fatiga. En *Tormento* se complican los hilos sueltos de la narración anterior, y los amores del clérigo ápalos, don Pedro Polo, transformados en *delirium tremens*, se desenvuelven con lujo de brutales y cínicos pormenores. Amparo, el ídolo de Polo, es novia del inexperto y riquísimo Agustín Caballero, que no puede hacerla su esposa y la hace su querida. *La de Bringas* retrotrae la acción unos cuantos años, hasta los en que eran niños aquella María Egipciaca y sus hermanos, con quienes hicimos conocimiento en *La familia de León Roch*. En Rosalía Pipaón, la protagonista, se proyectan juntas las sombras del lujo corruptor y de la infidelidad conyugal, cruelmente castigados por las recriminaciones de una prostituta, ante quien se ve precisada á humillarse la esposa de Bringas.

Cuanto más se avanza en la lectura de la colección, más de cerca se tocan las hediondecas del naturalismo, y el propósito de convertirla en archivo de crisis nerviosas y vicios patológicos, en crónica de una sociedad anémica y corrompida, sombrío panorama de dolen-

cias morales, y galería de bestias humanas, en las que ó sobra ó se oculta del todo la existencia del espíritu. La impasibilidad del novelista cede alguna vez el puesto á la inducción doctrinal, inspirada de ordinario por la Fisiología pura.

La relación autobiográfica de *Lo prohibido*¹, malamente considerada por alguien como un himno á la virtud, celebra sólo las ventajas del temperamento sano y el equilibrio de los humores. De tres hermanas á quien intenta seducir un primo suyo tan lleno de pasiones bestiales como de riquezas, rindense dos al que en vano ataca los desdenes de la tercera. Examinando á fondo la resistencia tenaz de Camila y la gradación con que se exacerban los deseos del recuestador, asistimos á una lucha muy humana, pero no á la exhibición de un ejemplo que sea para imitado.

En los cuatro volúmenes de *Fortunata y Jacinta* (*Dos historias de casadas*)² se explica bien el criterio moral y estético de Galdós á vuelta de interminables genealogías y amplificaciones. Entre Fortunata, la querida de Juanito Santa Cruz, y Jacinta, su verdadera esposa, representa aquélla el amor vedado que no se olvida y siempre parece grato, y su rival la monomanía de la maternidad junto á la indulgencia más ó menos patente con los extravíos de los dos adúlteros. Con las familias de Arnáiz y Santa Cruz alterna en importancia la de los Rubín, en cuyos tres vástagos (Nicolás el cura, Juan Pablo el carlista convertido á Proudhon, y Maxi el Quijote infeliz que intenta la redención de Fortunata y la hace su mujer, viéndose de ella burlado) clava Galdós encarnizadamente la punta de su escalpelo y luce sus habilidades anatómicas. No necesitaba tratar con tan sangriento desprecio al pobre Maxi para estudiar su locura, que, por cierto, está muy

¹ Madrid, 1885.

² Madrid, 1887.

bien pintada. No sé si decir lo mismo de la casa de recogidas y de los tipos accesorios, doña Guillermina Pacheco, doña Lupe, González Feijóo, el escéptico calavera Moreno-Isla, el anglómano galanteador de Jacinta, José Izquierdo (*Platón*), Estupiñá, etc. En el decurso de la novela se suceden primorosas vistas de Madrid y de la vida de la corte, y es lástima verlas deslucidas por las espesas manchas que sobre ellas arroja el sensualismo letal y pornográfico.

*Miau*¹ debe considerarse como un juguete labrado por el genio de la ironía, que asoma su faz desdeñosa á la morada triste del cesante. Las páginas consagradas á los ensueños de Luisito Cadalso, el nieto de Villaamil, se diferencian considerablemente de las que escribió Dickens en *David Copperfield* con cariñosa solitud por los intereses de la infancia.

*La incógnita*² y *Realidad*³ acumulan nuevos datos para el conocimiento del Madrid íntimo y la historia de la prostitución, así la de burdel como la aparentemente honrada. Entretéjese la primera novela con una serie de cartas dirigidas por Manolo Infante á un tal Equis, á quien comunica sus impresiones y la descripción de las personas que ordinariamente trata. El autor de las cartas está enamorado de su prima Augusta, la esposa del inefable Orozco, á quien se la disputan también otros amantes. Uno de ellos, Federico Viera, aparece muerto, no se sabe si por suicidio ó por asesinato, hasta que presenciamos lo primero en *Realidad*. La forma dramática de esta novela da lugar á muchos inconvenientes é inverosimilitudes; pero, aun admitiéndolas de grado, no bastan todas las transcendentales filosofías del mundo para justificar caracteres tan extraordinarios como el de Viera, esclavo del honor y caballero andante de la moralidad, al par que vicioso

¹ Madrid, 1888.

² Madrid, 1889.

³ Madrid, 1890.

por partida doble, y el de Orozco, que resuelve la antinomia del bien y el mal en la síntesis de un ideal abstracto y un estoicismo burdo, que suprime la sensibilidad y dignifica la culpa. A Orozco no le parece mal que su esposa la haya cometido, sino que se niegue á confesársela, y al hablar con la sombra del difunto Viera hace la apología del amor libre.

Tres volúmenes en 8.º, de 400 páginas cada uno, forman la última novela ¹ que Galdós ha sacado de su prodigioso telar, y en la que no desmiente ni sus aficiones de observador sutil enamorado de las microscópicas pequeñeces de la vida, ni sus alardes de psicólogo con puntas de hipnotizador, que busca en las alucinaciones y pesadillas los secretos é intimidades de la conciencia, ni su volterianismo de escalera abajo, que esgrime el estilete de la ironía impasible, más bien que la espada de las convicciones hondas y fijas, ni su temperamento burgués reñido con toda luz de ideal y todo asomo de elevación y grandeza.

La biografía de *Angel Guerra* es la del hombre desequilibrado, héroe de aventuras quijotescas y utópicas, que se bate como un bravo por el triunfo de la república, y por no renunciar á sus opiniones vive alejado de su anciana madre. Al morir ella, y tras breve lapso de tiempo la niña *Ción*, hija del ideólogo demócrata, concéntrase el cariño de éste en *Leré* ó *Lorenza*, la institutriz que había sido de *Ción*, y á quien en vano hace Angel Guerra proposiciones de matrimonio, renunciando á vivir con su querida Dulce ó Dulcenombre. En Toledo, adonde se trasladan los principales personajes de la narración, toma Leré el hábito de monja del Socorro, sin que por esto cesen las visitas de su platónico adorador, que la consulta y la oye como á un oráculo. La intimidad va en aumento cada día, y de esta aproximación de los espíritus y de la

¹ *Angel Guerra*. Madrid, 1891.

atmósfera mística con que envuelven al antiguo revolucionario los recuerdos seculares y las pompas litúrgicas de la ciudad de los Concilios, nacen en él un nuevo estado de alma, un salto atrás interior, un reverdecimiento de las creencias católicas, fomentadas por la insinuante y dulce frase de Leré. Angel Guerra se introduce en los senderos de la perfección cristiana, llevado de la mano por el serafín en carne, á cuyo influjo no acierta á sustraerse, y llega á aceptar la proposición de hacerse clérigo y fundador de una confraternidad benéfica. Al realizar su épico ensueño de caridad tropieza con los sarcasmos de la maledicencia pública y con la ingratitud de sus mismos favorecidos, dos de los cuales, en connivencia con otro menos valiente aunque no menos infame, sorprenden en un asalto nocturno á Angel Guerra, infiriéndole después de robarle una herida que le acarrea la muerte.

Los escarceos y digresiones infinitos de que va salpicado este sencillísimo argumento; los árboles genealógicos que parecen formados para impetrar una dispensa de consanguinidad en causa de matrimonio futuro; la ebullición de seres humanos que se entrecruzan por las páginas de la novela como ejército de infusorios, y la indecisión, por no decir heterogeneidad é inconsecuencia, de los caracteres, contrastan con el vigor de las descripciones puramente plásticas de personas y cosas, y con la vibrante armonía y la flexibilidad del estilo, en el que se reflejan las más intrincadas sinuosidades del mundo psicológico, y las más fugitivas impresiones de la realidad externa. Es decir, en términos concretos, que los accidentes valen aquí mucho más que el fondo.

No hay manera de disculpar, por ejemplo, las contradicciones que ofrece la conducta de Angel Guerra después de convertido, ya entregándose á los arrebatos de la piedad más exaltada, ya diciendo al cura don Juan Casado un montón de disparates y herejías, y

confesándose como de cumplido cuando se halla á las puertas de la eternidad. Menos aún se concibe que Leré sostuviera relaciones íntimas con quien en rigor nunca dejó de ser su amante y muy por lo humano, ni que se las consintiesen en una comunidad religiosa, ni que en el clero toledano existan los *tipos* caricaturescos retratados por el autor de *Angel Guerra*, que, á fuerza de recargar las tintas y prodigar los pormenores, rinde parias á un idealismo extremoso y de la peor especie.

No tardará en acrecerse la enorme suma de novelas que de veinte años acá ha producido el señor Pérez Galdós con fortuna creciente para su bolsillo y su fama.

O mucho me equivoco, ó estamos enfrente de un novelista que, por su manera de ser y de escribir, se aparta infinito de las condiciones artísticas y aun étnicas que distinguen á la literatura castizamente española. Galdós tiene del tipo sajón la impassibilidad fría y el humor aristocrático, desconociendo el entusiasmo cordial y la risa franca de Pereda y Fernán Caballero. En Galdós imperan las facultades intelectuales sobre las afectivas, cuando no las anulan; ve muy claro y siente muy poco; se exalta con la imaginación, no con la voluntad y con los nervios. Aunque inglés por temperamento, no se confunde con Dickens y Thackeray, de los que le dividen muchos rasgos de carácter personal, y, sobre todo, el abismo naturalista. La sociedad que le lee no es escrupulosa como la británica, ni le impone la obligación de instruir y moralizar.

Difícilmente se juzgará á Galdós sin mezclar de alguna manera al hombre con el novelista, ya que él ha elegido una bandera á cuya sombra milita, convirtiendo sus libros en arma terrible de combate. De ahí los apasionamientos con que se le ensalza ó deprime, considerándole unos como imitador vulgar y otros como insuperable maestro. Yo, que he reprobado con

energía sus pecados naturalistas y docentes, que no desconozco lo grave de sus tropiezos en el fondo y en el estilo, me coloco desde luego entre los admiradores de su ingenio.

Que es grande y fecundísimo el de Pérez Galdós, lo están diciendo muy alto tantas producciones como han brotado de su pluma en espacio de tiempo relativamente breve, y que de valer desigual, y muy raras veces extraordinario, forman en conjunto el retrato cabal, falsificado á trechos, de la España contemporánea.

¡Lástima que tan poderosas fuerzas se hayan empeñado en luchar á la desesperada contra la religión, el espíritu y las tradiciones de nuestra raza, esterilizándose para el bien y prestando sombra á todos los errores y miserias encubiertos con el profanado nombre de libertad! Evidentemente, si algún fruto de arte legítimo y duradero cabe esperar del insigne escritor (y cabe aún esperar muchos), no ha de nacer, no, de los caprichos transcendentales, ni de los procedimientos de fotografía realista, sino de la luz indeficiente que comunican á las obras de arte las grandes ideas.

